

peraban con tranquilidad que los franceses cumplieran con el artículo 4º del convenio que les obligaba á volver á sus antiguas posiciones.

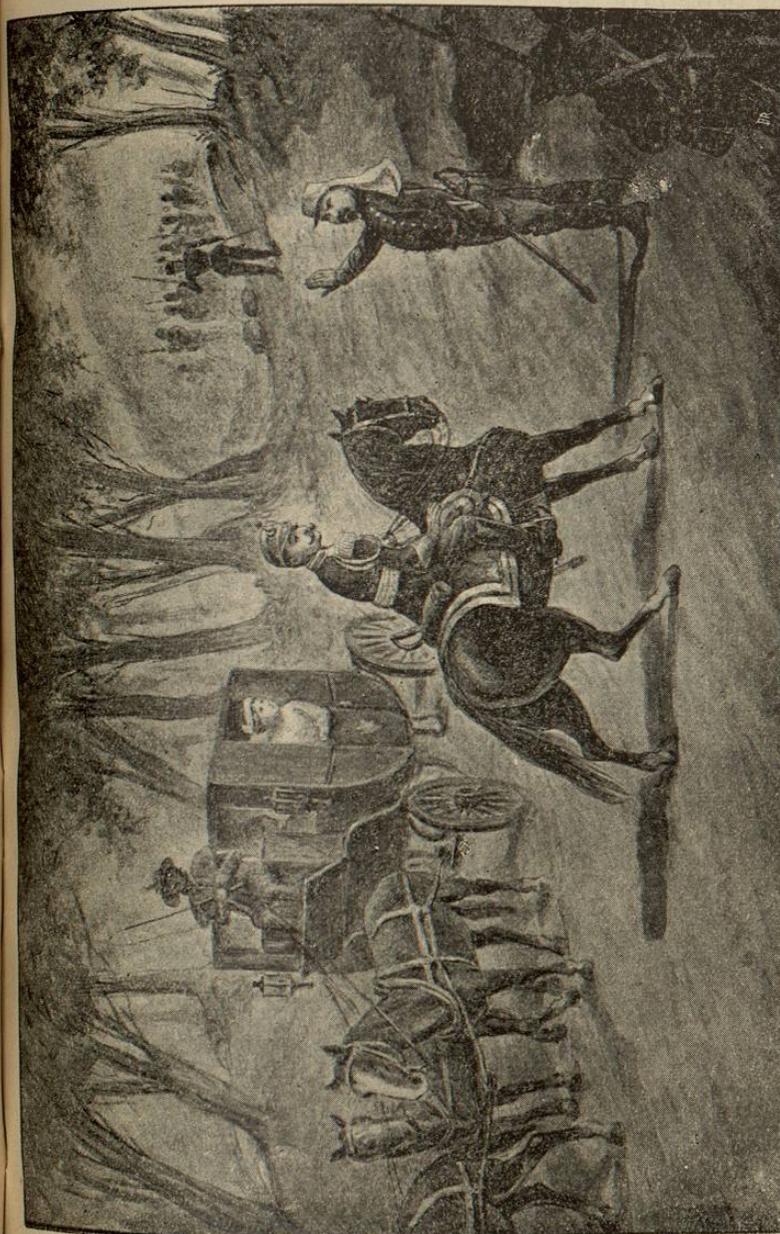
—¡Ah! de manera que el general ignoraba. . . .

—Completamente. De tal modo, que el mismo día 19 del pasado en que debía salir el general Prim de Orizaba con las fuerzas españolas, el general Zaragoza tomaba sus providencias para que entrara allí una fuerza mexicana, pues él estaba sólo con algunos oficiales y una pequeña escolta. Es el caso, sin embargo, que como ya se sospechaba la conducta aviesa de Lorencez por todos los antecedentes, como precaución de guerra solamente, mandó situar ochocientos hombres en Escamela, camino de Córdoba, avanzando con cuarenta hombres el coronel Félix Díaz, para que desde el punto del Fortín observara los movimientos del ejército francés é impidiera, si era posible, el paso á cualquiera fuerza que con carácter hostil se presentara. Esto, repito, sólo como una precaución militar, pues nadie, ni el mismo Díaz se figuraba que los franceses avanzaran, y mucho menos cuando sabían que podían encontrarse con las tropas españolas que ya se retiraban.

—De manera que. . . .

—De manera que el coronel Félix Díaz no quedó poco sorprendido cuando vió que se venía á paso de carga una fuerza como de trescientos hombres, que era nada menos que la descubierta del ejército francés que ya entraba en combate, sin haber hecho la menor notificación, como en los mismos tiempos de la conquista, en que cualquier conquistador se presentaba dirigiendo mandobles á diestra y siniestra.

—¿Y qué hizo el coronel Félix Díaz?



Impaciente el coronel Díaz avanzó él mismo á donde estaba detenido el carruaje.

—Adelantó á un oficial que le acompañaba á manifestar cortesmente á la columna que avanzaba, que se detuviera, porque no quería cargar con la responsabilidad de hacer resistencia cuando no se habían roto las hostilidades; y como en esos momentos pasaba por el Fortín la esposa del general Prim en un carruaje con escolta, y acompañada del brigadier español Milans del Bosch, á éste le hizo el jefe mexicano el encargo de manifestar al jefe que mandaba aquel destacamento francés, la posición difícil que guardaba, pues que no quería ser el primero en mandar disparar un fusil sin tener para ello la orden terminante de sus superiores. Impaciente el coronel Díaz avanzó él mismo á unos cien metros en donde estaba detenido el carruaje á cerciorarse de lo que pasaba, y observando que el brigadier español le hacía señas de que permaneciera ageno al debate, se hizo á un lado y esperó. El sargento que había quedado con el mando del retén se impacientó á su vez y cometió la imprudencia de avanzar también con unos doce hombres armados, lo cual sirvió de pretexto para que el oficial francés de apellido Capitán, sin miramiento á las señoras, se echara con cincuenta hombres sobre aquellos infelices, de los cuales perecieron cinco, casi sin hacer resistencia, quedando los otros prisioneros. Lo mismo quiso hacer con el coronel Díaz; pero el brigadier español lo salvó diciendo á Capitán:

—Este señor es un oficial mexicano que se ha prestado bondadosamente á sacarnos fuera de su campamento.

Debido á este ardid pudo el coronel Félix Díaz regresar á dar parte al general Zaragoza de lo que pasaba, llevándose de paso á unos veinte hombres que habían sobrado de tan inesperada y alevosa embestida.

Esa fué la primera sangre derramada á causa de la invasión extranjera, traída por Almonte y sus compañeros.

—¡Traidores!

—¡Infames! exclamaron varios de los oficiales.

Y Robles continuó hablando así:

—Profunda sorpresa causó en nuestro campo aquella conducta aviesa del general francés, y más aún en el general Prim, tan caballeroso y tan cumplido, el cual dijo al general Zaragoza cuando éste fué á comunicarle temblando de ira, que tenía que contramarchar para buscar nuevas posiciones:—«No hay en la historia del mundo un acto más indigno que ese, en un militar. Ya supe que mi misma esposa fué casi atropellada. Adios, general, yo también parto ahora, llevando la seguridad de que ustedes sabrán defender la integridad de la República.»—Prim no salió esa tarde sino al día siguiente, á las seis de la mañana. A las ocho entraron los franceses en Orizaba, llevando la noticia de que ya Taboada había hecho su pronunciamiento en Córdoba, el primero que había de traer al país un monarca extranjero. Lorencez quería que sobre la marcha se pronunciara también Orizaba; pero no se encontró gente que quisiera pronunciarse, y fué necesario esperar á que Almonte llegara. Una coincidencia repugnante se nos hizo notar: en los momentos en que estaban muriendo cinco soldados mexicanos en el Fortín, asesinados materialmente por los invasores, Taboada, mexicano, aquel general traidor, estaba rindiendo vasallaje á Napoleón III.

—¡Pero qué bribones, qué malvados, qué viles son esos traidores! exclamó Velázquez.

—Nosotros continuamos replegándonos para este rumbo. Yo tuve que volver al lado de mi general Arteaga,

quien sólo me había prestado al general en jefe para el desempeño de algunas comisiones, sin que por eso perdiera de vista á ninguno de los dos. Zaragoza, infatigable, recorría todos los puntos de arriba á abajo, reconocía el terreno en todas direcciones y en seguida inspeccionaba las tropas que habían sido desmoralizadas por Uraga cuando éste manifestó que eran incompetentes para batirse con las europeas. Nuestro general padecía de angustia como indeciso sobre el partido que debía tomar ante el avance de las tropas francesas, que con mejores elementos podían darnos alcance de un momento á otro y tal vez en un punto desventajoso para nuestras armas inferiores. Estábamos en Acultzingo: entonces fué cuando ordenó al general Arteaga que se situara en las cumbres y detuviera al enemigo uno ó dos días, ó siquiera unas cuantas horas. Nos establecimos allí con los dos mil hombres el 27 por la tarde. El 28 vimos llegar la columna enemiga, con cuyos cañones y fusiles sabíamos bien que no podían medirse los nuestros; pero en fin, ocupábamos un punto ventajoso, y no teníamos la misión de vencer sino de estorbar el paso, lo cual conseguimos por todo el día 28. A eso de las dos de la tarde avanzó una compañía de zuavos y la rechazamos, luego se nos echaron encima tres fuertes columnas, otra nos flanqueó y á todas les hicimos frente durante tres horas. Desgraciadamente á eso de las cinco, cuando dábamos una carga con el Estado Mayor y un escuadrón por un camino angosto, el general Arteaga, que cometió la imprudencia de ponerse al frente de ella, fué herido de una pierna y comenzamos á retirarnos con el desorden consiguiente. Nosotros tuvimos un muerto y pocos heridos: el enemigo unos ocho hombres de pérdida, y hubiera tenido quinientos si nuestros hombres hubieran sabido

hacer puntería. La herida del general no es mala, pero como es tan gordo se desangró mucho y ha sufrido horriblemente. Los demás estamos ya aquí sanos y salvos. Los franceses han venido detrás de nosotros á una jornada; pero se ha quedado vigilándolos é inquiteándolos la guerrilla Martínez. Mañana ó pasado tendremos el combate decisivo, amigos míos; bebamos, pues, por la victoria.

—¡Por la victoria!

—¡Viva México!

—Llamada de tropa, exclamó Velázquez aplicando el oído al son de una corneta que se dejó escuchar.

—A nuestros cuarteles, dijo Robles, y mañana cada cual firme en su puesto.

—La última copa, pues, en recuerdo de nuestras amadas.

—Bien, y mañana nos encomendaremos á ellas y á nuestro Dios, como los caballeros de la edad media

Tomaron la copa alegremente y todos se salieron de la fonda haciendo ruido con las espadas.



CAPITULO LII.

Momentos supremos.

ERA el 5 de Mayo de 1862. Don Benito Juárez, á las siete de la mañana se encontraba ya en los salones Presidenciales rodeado de los ministros y de muchos de sus amigos, entre los que había diputados, militares y empleados superiores.

Se había estado paseando antes de que hubiera gente, y de cuando en cuando se detenía ante una mesa, cogía tres ó cuatro telegramas de los últimos que habían estado llegando la noche anterior, los volvía á leer, y sin que su fisonomía se alterara en lo más mínimo, continuaba sus paseos y dirigía pocas palabras á los pocos individuos que se encontraban en el salón, se puede decir bien, los íntimos, los de la familia.

De repente se detuvo, dirigió la mirada al balcón como para calcular la hora sin necesidad de ver la muestra, y dijo como hablando consigo mismo: